

**Escrito por: narrador**

### **Resumen:**

Pienso que todo se inició, cuando mi esposo, Efraín. Me pidió que me diera prisa, que íbamos a llegar tarde a la misa. Yo me encontraba en nuestro dormitorio, a punto de ponerme un sostén, no me decidí a entre en lindo, y sencillo vestido blanco, en hilo, bien fresco. O ponerme un conjunto de corte militar, falda pantalón, color Caqui. Pero nada más de pensar en el calor que hace en verano, rápidamente, soltó el oscuro sostén, y agarró el vestido blanco, poniéndomelo inmediatamente, al tiempo que mi esposo volvió a pedirme que me apurase, haciendo que por la prisa, se me olvidase ponerme un sostén adecuado, al igual que las pantis, y el fondo&hellip;.

### **Relato:**

Dentro de la casa Efraín me dio un rápido vistazo, y dándome un beso, me dijo que estaba hermosa. Pero de inmediato me tomó de la mano, y apenas me dio tiempo de agarrar mi cartera, antes de salir de casa. No se crean que Efraín es sumamente Católico, yo sé que me acompaña más que todo, por complacerme. Su mayor interés, es encontrarse con algunos de sus amigos al salir de misa, para ir a jugar dominó, ya sea en casa, o en la de uno de ellos, mientras se toman algunas cervezas. Mientras que yo me regreso a casa, ya sea a coser, o terminar de leer algún libro, como el de las cincuenta sombras de Grey, que leí en esos momentos. Justo al entrar a la Iglesia, frente a mi esposo y yo, justo en el ala central de la iglesia se encontraba de pie un jovencito, al principio pensé que debería tener unos quince o dieciséis años, acompañando a una señora muy mayor, que a todas luces debería ser su abuela. Sentí su vista clavada en mi cuello, y eso me paralizó, en parte por pudor, y en parte por vergüenza. Ya que no soy lo que llaman una exhibicionista, lo raro fue que mi esposo se detuvo a charlar con un conocido, y yo en lugar de ocultarme tras él, o terminar de entrar, y dejar que la penumbra ocultase la transparencia de mi vestido blanco, me quedé de lo más tranquila, con mis piernas ligeramente abiertas, segura que de que sin mucho esfuerzo, ese delgado chico, podría observar que bajo el vestido no estaba usando nada. Todo el tiempo que permanecí de pie en la entrada que quizás fueron unos cuantos minutos, el chico no se movió, ni un milímetro, tan solo continuó observándome con sus ojos fijamente clavados entre mis piernas. De momento le escuché a mi marido decirle a su amigo. Ok plantamos un juego al salir de misa en tu casa, yo le digo al resto, y llevo las cervezas. Al escucharlo decir eso, supe que de inmediato que mi esposo estaría a el

resto de ese día, toda la tarde, y gran parte de la noche, jugando dominó, con sus amigos como de costumbre. Mientras que yo continuaba leyendo, o por lo menos eso fue lo que pensé, en ese instante. Ignorando que sucedería algo más, que cambiaría radicalmente por lo menos mis planes. Ya durante la misa, si me di cuenta de que el jovencito, y su abuela se habían colocado en los bancos inmediatos frente a nosotros. Y que ocasionalmente, cuando nos poníamos de pie para orar, lo veía a él como se volteaba y clavaba su mirada casi de manera descarada sobre mi oculto corazón, es como si tuviera rayos X en la vista, y viera que yo no usaba pantalón, ni sosten en esos momentos. Pero como si eso fuera poco, al momento de darnos la Paz, el delgado chico, le estrechó la mano a mi esposo, pero a mí me ha dado un tremendo y apretujado abrazo, sentó sus manos sobre una de mis nalgas, y en lugar de molestarme o incomodarme, me sentí sumamente excitada. Me pregunté a mi misma, ¿cómo se atrevió a hacer eso, y no tan solo dentro de la iglesia, sino que frente a mi esposo?, que sonriente continuaba estrechando las manos del resto de los asistentes a la misa. Durante el resto de la misa, me di cuenta de que el delgado jovencito, ocasionalmente también clavaba sus ojos sobre mis tetas, que hasta ese instante no me había fijado, que prácticamente se me salían del vestido, quien sabe cuánto tiempo, que mis pezones, y oscuras aureolas estuvieron expuestas, antes sus ojos. Desde luego que mi esposo no cuenta se dio de eso, o por lo menos, y si se dio cuenta no me mencionó nada. Al terminar la misa, a medida que me dirigía a la puerta en compañía de Efraín, podía sentir los ojos del chico ese, clavados entre mis nalgas, estaba casi segura de que justo en la puerta de la iglesia, donde la Luz de la calle penetra por la puerta, dibujaba mi silueta por completo frente al chico, que no dejaba de seguirme a unos cuantos pasos, en compañía de su abuela. En ese mismo instante, en toda la puerta mientras el Párroco nos despedía, yo me detuve, di media vuelta, y descaradamente me le quedé viendo a los ojos, como recordo a que no se atrevió a seguir viendo el corazón. Pero para mi sorpresa, él ni se inmutó, continuó con sus ojos clavados en mi translucido vestido, seguramente viendo que no llevaba nada abajo. Yo estaba de lo más concentrada, cuando mi esposo sacó de mi concentración, me dijo. Amor, si quieres me esperas en casa, yo voy a jugar dominó con los muchachos, cualquier cosa te llamo antes de regresar, para ver si hace falta que compre algo en el súper. Cuando volví a dirigirle la mirada el chico, vi como acompañaba a su abuela hasta un auto, y como ella sola se marchó, manejando. Mientras que él se me quedó viendo, fijamente en el estacionamiento de la Iglesia. Yo comencé a caminar con rumbo a casa, y sentía que él o sea el chico me seguía de cerca. Al llegar a mi

casa en lugar de entrar por el frente, decidí entrar por el patio trasero, y al continuar siguíndome. Pero al llegar al portón que da a nuestro patio, él prácticamente me dio alcance. Fue cuando no sé de donde se me ocurrió darme vuelta y preguntarle, por qué me seguía. Arstides, que es como se llama el chico, me dijo. Yo no te sigo, es que la casa de mis padres es esa. Resultó ser el hijo de mis vecinos, y de inmediato comenzamos a conversar. Y en medio de la conversación, me enteré que sus padres, mis vecinos, se encuentran de viaje. Y que él es mucho más mayor de lo que aparenta, y que también es bien descarado, ya que de momento me dijo. Apostar a un deseo, a que de seguro andas sin ropa íntima puesta. Yo me quedé entre sorprendida, y confundida. Y en lugar de decirle que ese no era problema suyo, y retirarme, coquetamente le respondí. Te equivocas, pero por curiosidad ¿cuál sería ese deseo tuyo? Su directa respuesta me dejó, más sorprendida. Ya que descaradamente me dijo, si tengo razón, acostarme contigo. Y colocando una de sus manos sobre los muslos de mi pierna, mientras acercó sus labios a los míos, me preguntó. ¿Aceptas? Yo toda nerviosa a medida que sus labios se acercaban más y más, le respondí, y si te equivocas, ¿qué gano yo? Lo que tú deseas de inmediato respondí. Ya en ese instante sus labios y los míos se unieron, su mano subió mi falda, y la deslizó directamente sobre mi desnudo coño. Por un largo rato continuamos besándonos, hasta que en un respiro, le dije. Ganaste. Sin decir más nada me tomó de la mano, y atravesando el portón de la casa de sus padres, entramos por el patio trasero de su casa. Ya ocultos de posibles miradas indiscretas, me siguí besando y acariciando toda, a medida que lentamente terminamos sentados en una tumbona al lado de la piscina, que sus padres tienen en la parte trasera de la casa, en la cual en innumerables ocasiones, su madre, me ha invitado a bañarme, diciéndome. Elena cuando la quieras usar la piscina, no tienes nada más que meterte, sin tan siquiera preguntar. A medida que nos fuimos besando, y acariciando por todas partes, sentados en la tumbona, de manera lenta y suave, sin prisa alguna me fue soltando los botones de mis vestido. Hasta que finalmente yo misma me lo terminé de quitar, quedado completamente desnuda entre sus brazos. Arstides, me siguí besando, por todas partes, su rostro lentamente fue bajando, hasta mis senos, los que además de que besé tiernamente, me los lamí, chupé, y mamé, al tiempo que sus manos me acariciaban mi coño. Recordé de inmediato uno de los tantos capítulos, del libro que estaba leyendo. Después de un buen rato su rostro continuó deslizándose suavemente y haciendo media lengua hasta mi vientre, para luego con sus manos de manera suave, y firme al mismo tiempo, separar mis piernas. Cuando senté primero su cálido aliento sobre mi coño, todo mi cuerpo

temblé; de expectación, en mi vida de casada, Efraim jamás me ha dado una buena mamada de coño, si me lo ha besado, pero de manera superficial. No pensé que jamás llegaría a disfrutar de tal placer, hasta el mismo momento en que con su lengua el hijo de mis vecinos, hiciera vibrar todo mi cuerpo de emoción. Al sentir su boca, lengua, y hasta sus dientes haciéndome eso. No lo podía creer, estaba a plena luz del día en el patio trasero de mis vecinos, completamente desnuda, y dejando que su hijo me mamase el coño de manera magistral. Hasta que el mismo placer que él me proporcionaba, hizo que yo sin poder contenerme, disfrutase de un largo y muy húmedo orgasmo. Un fuerte choro salió de mi coño, mojando toda su cara, al tiempo que sentía su lengua, una y otra vez junto con sus carnosos labios, chupando mi inflamado y sensible clitoris. Yo quedé espatarrada sobre la tumbona, al tiempo que él incorporándose se despojaba de toda su ropa. No tengo por costumbre mirar el miembro de los hombres, pero en esa situación fue algo casi inevitable, como inevitable fue que lo compartiese con el de mi marido. Quien ve Aristides, a simple vista, jamás ni nunca se puede imaginar lo que lleva colgando entre las piernas. Por lo que me llevó otra sorpresa más, en esos momentos. Cuando se fue acercando su erecto miembro a mi coño, nada más de pensar lo que iba a sentir, me excitó como nunca antes lo había hecho. A medida que su colorado glándula, fue penetrando mi húmeda, y bien lubricada vulva. Yo sentí un placer que hasta esos momentos desconocía, y más placer sentí, cuando sin querer, me puse a pensar en mi esposo, que no es un mal hombre, pero lo que Aristides provocaba en mí; en esos momentos, yo nunca lo había sentido con Efraim, quizás fue el acto de serle infiel, o que se yo, lo único que sé es que, a medida que él me continuó penetrando, yo restregaba mi coño, una y otra vez de manera incansable contra su cuerpo. Más placer yo sentía. Mis profundos, y fuertes gemidos pudieron habernos delatado, como también los gritos de placer que yo daba a medida que sentía como su verga una, y otra vez penetraba divinamente mi coño. Perdida la noción del tiempo, con ese sol de verano bañando nuestros desnudos cuerpos, continuamos disfrutando mutuamente el uno del otro. Hasta que nuevamente disfruté pero de forma o manera múltiple de un sinnúmero de orgasmos, como nunca antes los había tenido. Al tiempo que extrayendo su verga de mi coño, Aristides derramó todo su semen sobre mi cuerpo, parecía que nunca fuera a terminarse, ya que hasta mis tetas, y todo mi rostro quedaron llenos de su leche. Yo estaba molida, pero tremendamente satisfecha. Por un buen rato nos quedamos tirados sobre la tumbona, hasta que él agarróme por las manos, me invitó o mejor dicho, hizo que tan desnudos como nos encontramos, nos metiéramos a la piscina. El sentir el agua por todo mi desnudo cuerpo, como que me

